

HERDER Y LA CRÍTICA A LA ILUSTRACIÓN: COMENTARIOS SOBRE *FILOSOFÍA DE LA HISTORIA PARA LA EDUCACIÓN DE LA HUMANIDAD*¹

BIOGRAFÍA DE HERDER²

Johann Gottfried Herder nació el 25 de Agosto de 1744 en el seno de una familia humilde. Tras una estrecha juventud en la que comenzó estudiando Medicina y, más tarde, Teología en la ciudad de Königsberg, tuvo la oportunidad de escuchar las lecciones de Immanuel Kant y fue atraído por la filosofía de Rousseau y, aún más, por la de Hamann. Durante su estadía en Estrasburgo (1770-71) trabó amistad con Goethe, y años más tarde éste procuraría estabilidad a su amigo haciéndole nombrar superintendente eclesiástico en Weimar (1776).

En sus obras se erige en eficaz luchador contra el frío racionalismo y en inspirador del joven movimiento literario alemán *Sturm und Drang*. En *Über die neuere deutsche Literatur* (*Sobre la literatura alemana moderna*, 1767) estudia la íntima trabazón entre la poesía, el pueblo y el ambiente histórico correspondiente. En ensayos posteriores pone de relieve la importancia de Shakespeare, la grandiosidad poética de la Biblia y el valor de los cantos populares. Contra la idea kantiana de la «historia en sentido cosmopolita», Herder destaca lo concreto, la comunidad particular con su religión y sus costumbres: el vehículo de la cultura es el *Volk* o pueblo diferenciado. En 1778-79 publicó una compilación de canciones populares de todas las naciones: *Volkslieder* (*Canciones populares*). El interés por lo medieval le movió a componer el poema *Der Cid* (1803).

Sus ideas histórico-filosóficas encuentran su definitiva expresión en sus *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (*Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*) de 1784-91, junto con las que se destaca su *Abhandlung über der Ursprung der Sprache* (*Tratado sobre el origen del lenguaje*) de 1772. Herder pone de relieve la influencia del clima, la religión y la forma del Estado sobre los pueblos, considerados como organismos vivos, para señalarles el camino hacia una generosa y armónica actitud y una dignidad humanas (*Humanitätsideal*).

Para concluir este primer apartado, puedo decir que la más importante contribución de Herder radicó en su doctrina del lenguaje y en su filosofía de la Historia. En lo que toca a la primera, subrayó el carácter natural-evolutivo del lenguaje, surgido de la imitación de los sonidos de la Naturaleza y capaz de evolución y crecimiento continuos. En cuanto a la segunda, Herder se opuso al limitado sentido histórico de la Ilustración para destacar que la Historia –en tanto que evolución y crecimiento– es una característica de todas las realidades naturales, de tal suerte que el universo entero puede ser entendido desde el punto de vista de su desarrollo evolutivo-histórico.

JUAN CAMILO
BIERMANN
LÓPEZ

originalkamro@hotmail.com

Universidad
Nacional

¹ La edición con que se trabajó fue: Herder, J. G. (1950). *Filosofía de la Historia para la Educación de la Humanidad*. (trad. Elsa Tabernig). Buenos Aires: Editorial Növa. Signatura BLAA: 901/H37r.

² Algunos de los datos que se presentan en esta biografía son tomados de: Lechner's *Literatur Geschichte des Deutschen Sprachraumes* (1995). Innsbruck: Editorial Lechner, 134-136. Ferrater Mora, J. (1998). *Diccionario de Filosofía E-J*. Barcelona: Editorial Ariel, 1619-1621.



FILOSOFÍA DE LA HISTORIA PARA LA EDUCACIÓN DE LA HUMANIDAD

Publicada por primera vez en Riga en 1774, la *Filosofía de la Historia para la Educación de la Humanidad* es un texto que puede incluirse en la primera etapa de la filosofía herderiana, en la cual Herder planteó sus primeros interrogantes sobre los usos y abusos del conocimiento histórico de su tiempo, así como ofreció sus primeras propuestas para un novedoso tratamiento y una renovada comprensión de este tipo de conocimiento.

La obra está compuesta por tres secciones. Cada una de ellas cuenta con una serie de apartados que detallan las diferentes partes del tema del que se hace cargo cada sección. Así, Herder comienza en la primera sección haciendo un recorrido por la Historia de la humanidad desde sus orígenes hasta el Imperio Romano; al final comenta un poco la importancia de lo general y lo particular en la Historia. En la segunda sección continúa el recorrido partiendo ahora de la irrupción del mundo nórdico en el panorama de la historia europea y terminando en sus propios días (segunda mitad del siglo XVIII). En la última sección se detiene a analizar las implicaciones de su manera de enfocar y entender la Historia, y cómo ésta (su manera de verla) puede, por un lado, aportar nuevas dimensiones en la formación (*Bildung*) de la humanidad y, por otro, contrarrestar la mecanización de la Filosofía y la educación, mecanización a la que ha llevado la Ilustración de su tiempo.

CRÍTICA A LA ILUSTRACIÓN

Para llevar a cabo un análisis de la crítica que Herder hace de la Ilustración, me limitaré a explicarla a través de tres ejes temáticos que, a pesar de no ser mencionados explícitamente por él, pueden ser útiles a la hora de sintetizar algunos de los conceptos y aspectos que este autor alemán desarrolla en su obra. Éstos son: (1) La acumulación de conocimientos alejados de la realidad y lo que esto implica, es decir, la preocupación de Herder por el objetivo que pueda tener la gran acumulación de conocimientos que él observa en su tiempo. (2) El «exceso de luz» y el subsecuente vituperio a tiempos pretéritos. Y (3) la mecanización de la Filosofía y la educación.

LA ACUMULACIÓN DE CONOCIMIENTOS ALEJADOS DE LA REALIDAD

Partiendo del análisis de la filosofía moderna, Herder centra sus preocupaciones en el objetivo de la gran acumulación de conocimientos que él observa en su tiempo, la cual atrae a los más sabios a las bibliotecas y los salones, y conlleva la fundación de academias y museos. Pero —se pregunta este pensador alemán— «¿qué hace para la cultura del país, de la gente, de los súbditos? Y admitiendo que lo hiciera todo, ¿hasta qué punto proporciona felicidad?» (p. 96). Ya la cuestión trasciende el simple método aplicado para la consecución del conocimiento y se enfoca, más que todo, en la utilidad del conocimiento adquirido. ¿Para qué todos esos libros? ¿A quién sirven realmente todas esas investigaciones? Es una reflexión que invita a pensar acerca del papel del *sabio* al interior de su sociedad y acerca del compromiso —casi deuda— que éste mantiene con su pueblo en lo referente a la «socialización» y la aplicación práctica de su sabiduría.



Para darles un peso quizá mayor que el que podemos percibir, hay que tener en cuenta que estas afirmaciones fueron hechas hace más o menos dos siglos. Ya aparecían –aunque tímidas y solitarias– la exigencia de hacer llegar el conocimiento al pueblo y la necesidad de formar hombres sabios comprometidos con su pueblo que dieran un uso real a toda la cantidad de cosas bonitas sobre las que escribían. Escuchemos a Herder: «Ahora hablamos a la vez de cien condiciones sociales, clases, épocas, generaciones humanas, para no decir nada de ninguna; nuestra sabiduría, tan sutil e incorpórea, es espíritu abstracto que se desvanece sin aplicación» (p. 98).

La idea de un uso *práctico y real* del conocimiento entraña una postura clave en la filosofía de Herder, amplía la labor del *sabio* al incluirlo dentro de la sociedad misma, bajándolo de aquel falaz altar desde el que observa –con suma comodidad– al pueblo al que estudia, para convertirlo en un ser humano inscrito en su propio tiempo.

EL «EXCESO DE LUZ»

Entre las tantas metáforas de las que hace uso Herder a lo largo del texto, destaco en este apartado aquélla que se refiere al exceso de luz. Para entender mejor su significado, considero suficiente recordar el momento histórico que vivió el pensador alemán: la Ilustración, la famosísima *Aufklärung*, la magnánima aclaración de las cosas, la esperada apertura de los ojos del ser humano, la capacidad de verlo todo bajo la luz de la razón y la verdad inapelables.

Es precisamente en este contexto que Herder habla del exceso de luz: una luz demasiado brillante que obnubila a quien la ve de frente y lo hace pensar que está llegando a la salida del túnel en el que ha convivido con el barbarismo más abyecto. Una simple ilusión óptica, un exceso que genera la *ceguera blanca*.

Herder no niega las bondades y los avances que han traído consigo su tiempo y la filosofía que en él predomina. Pero no se detiene en la lisonja; por el contrario, se toma mucho más espacio llamando la atención sobre lo maravilloso que también existió en tiempos pasados y, asimismo, aprovecha para censurar a aquéllos que se jactan no sólo de estar en la copa de un árbol que no ha dejado de crecer, sino de ser lo más importante de éste. «Ya no es semilla cuando es retoño –escribe Herder–, ya no es tierno retoño cuando es árbol. Sobre el tronco se extiende la copa; si toda rama, todo gajo de esa copa quisiese ser tronco y raíz ¿qué se haría del árbol?» (p. 109-110). Y más adelante continúa: «Mira el universo desde el cielo hasta la tierra, ¿qué es medio, qué es fin? ¿Acaso no es todo medio para millones de fines? ¿No es todo fin de millones medios? [...] cada uno tiene una ilusión de sentirse centro; en la ilusión siente todo a su alrededor sólo en la medida en que éste proyecta sus ondas o rayos sobre ese punto ¡Hermosa ilusión!» (pp. 114-115).

Herder no está juzgando su tiempo, no está diciendo que es el mejor o el peor; acepta sus virtudes, pero también sus vicios; resalta la naturaleza humana sin llenarla de calificativos. Son precisamente esos constantes juzgar y vituperar que observa en sus coetáneos lo que él critica. No tolera que sean descartados los tiempos pasados sencillamente por no haber puesto el acento en la cuestión de la razón. Son justamente, para él, esa especificidad y esa diferencia lo que hace especial a cada tiempo; ellas significan también equilibrio al ser parte de un camino que debe ser recorrido por el hombre.



LA MECANIZACIÓN DE LA FILOSOFÍA Y LA EDUCACIÓN

Uno de los asuntos que más preocupan a Herder en este libro es aquél referente a la mecanización de la Filosofía. La ve reflejada en las enciclopedias, «diccionarios y filosofías que hablan de todas las artes y oficios, sin comprender a ninguno con el instrumento en la mano» (p. 90), en las formas de aludir a la vida sin sentirla, remedando «como simios el sentimiento de la humanidad, el genio, la jovialidad, la virtud.» (p. 90). Él presiente el proceso de deshumanización que esta forma de encarar las reflexiones, las investigaciones y los estudios trae consigo; no es tanto el método en sí, sino las consecuencias que éste pueda generar.

Entre las consecuencias en las que Herder hace mayor hincapié, se encuentran aquéllas que recaen sobre la educación. Con una filosofía mecanizada la humanidad aprenderá de ella su mecanización, se irá convirtiendo progresivamente en una máquina a la que «se le desvanece el deseo de vivir, de obrar, de vivir como hombre, digna y buenamente, amenamente» (p. 92). De esta manera se observa que la preocupación manifiesta de Herder se sustenta en lo que él ve venir: un mundo ya no de hombres, sino de engranajes, de existencia sin vida, de un conformismo doloroso y al mismo tiempo insensible. Y contra este riesgo hay que reaccionar, hacer volver a la Filosofía al camino de lo humano, hacer de la Historia y la educación una forma de alimentar a la humanidad. Me atrevería a decir, parafraseando a Voltaire, que Herder sugiere una escritura de la Historia en humano, una ampliación de la sensibilidad en detrimento de la multitud de lo abstracto-racional, un aumento de las acciones reales que produzca bienestar tangible, en oposición al pensamiento absolutamente teórico y ajeno a la realidad.

Como una forma de ampliar estas últimas ideas y de cerrar este texto con palabras del autor aquí trabajado, presento a continuación una cita un poco larga que, desde mi punto de vista, sugiere todo lo planteado en este apartado:

«Si mi voz tuviese el volumen y resonancia, cómo les clamaría a todos los que cooperan en la educación de la humanidad: ¡nada de expresiones generales sobre el mejoramiento, nada de cultura libresca! ¡Si es posible actos, hechos! Dejad que hablen y que constituyan en el aire aquellos que tienen la desdicha de no saber hacer otra cosa.» (p. 98).